

tólicos, que él escogió en la Universidad de Paris. Asocióse primero seis de ellos, sin mucha dificultad, á escepcion de Francisco Javier, que debiendo producir los mas grandes frutos, fué asimismo el mas difícil de ganar. Como el nacimiento ilustre de Javier, su bello entendimiento y sus progresos en los estudios, le hinchaban el corazón, no obstante el mal estado de los negocios de su casa, pretendia corregir su fortuna y adelantar en el mundo por la senda de las dignidades eclesiásticas: género de ambicion tanto mas inaccesible á las impresiones de la gracia, cuanto es mas fácil confundirle con la emulacion y la nobleza de sentimientos. Mas el cielo puso en la boca de Ignacio palabras de fuego que triunfaron en breve de todos los artificios de la vanidad. «¿Qué le sirve al hombre, dijo á Javier, ganar todo el universo, si por último pierde su alma?» A estas palabras, semejantes al rayo luminoso que aterró á Saulo, cedió toda la altivez de Javier, y, como Saulo, preguntó qué era lo que el cielo queria de él. Cuando Ignacio le hubo asegurado en su resolucion, igualmente que á los demas discipulos, convinieron todos en prevenirse sin dilacion por medio de los votos contra la inconstancia del espíritu humano.

A la vista de Paris, y al pie de sus muros, se eleva una montaña consagrada por la sangre de sus primeros Apóstoles, como para recordar de continuo á los franceses el precio de la fé que les transmitieron. Sobre este monte, llamado de los Mártires, monumento venerable para los fieles en todas las edades, y sobre el sepulcro mismo de aquellos generosos testigos de Jesucristo, fué donde Ignacio, el dia de la Asuncion gloriosa de la Madre de Dios (1534), condujo á sus compañeros para dar allí principio á una compañía, la cual, bajo los auspicios de la Madre, debia arrostrar las persecuciones y derramar su sangre por la

gloria del Hijo. En la capilla subterránea de Montmartre, donde se cree que cortaron la cabeza al Apóstol de la Francia San Dionisio, y es con efecto llamada en los antiguos monumentos el oratorio del Santo mártir, recibieron la comunión de mano de Pedro le Febre, el primero de ellos que fué elevado al sacerdocio, despues de lo cual con voz alta y distinta hicieron todos voto de ir á Palestina para emplearse en la conversion de los infieles de Levante, y si no podian pasar ó establecerse allí, encaminarse á ofrecer sus servicios al Vicario de Jesucristo para ejercer el ministerio evangélico en cualquier pais del universo á donde tuviese á bien enviarlos. Obligáronse al mismo tiempo á abandonar todo cuanto poseian en el mundo, y aun á no exigir cosa alguna por las funciones del santo ministerio, así para quedar mas libres en sus funciones sublimes, como para cerrar la boca á los sectarios, tan virulentos en sus invectivas contra la codicia de los eclesiásticos. Luego que hubieron concluido sus estudios, se trasladaron á Italia para la ejecucion de sus promesas.

Mientras que la Francia preparaba este auxilio á la Religion, la heregía en Alemania se abandonaba á escesos que pedian, para ser refrenados, no ya los desvelos pacíficos de ministros virtuosos y sábios, sino toda la fuerza y vigor del poder coactivo. De unas especulaciones ociosas y largo tiempo indiferentes á los ojos de una miope política, como que solo se ocupaban en ellas hombres y mugeres sin letras, nacieron las violencias, las sediciones, la rebelion abierta y el desórden público. Esto es lo que se manifestó principalmente en los desórdenes horribles que los anabaptistas tolerados en Munster cometieron allí, casi inmediatamente que fueron recibidos. Los dos foragidos Juan Mateo y Juan Becold, llamado tambien Juan de Leyden por el lugar de su nacimiento, los cuales estaban al frente de los

perturbadores, no pudieren al principio apoderarse mas que de la mitad de la ciudad, mientras que la otra permanecia en poder de los magistrados; pero la discordia unida al fanatismo hizo la suerte de Munster mucho mas espantosa. Sin embargo, se consiguió una composicion, y convinieron en la libertad de conciencia para los tres partidos que dividian la ciudad, á saber: los católicos, los luteranos y los anabaptistas; pero este convenio se habia hecho imposible. Los últimos que habian venido, es decir, los anabaptistas, no ponian ya límites á sus pretensiones. Convidaron á todas las tropas de sectarios fanáticos de que habian llenado la Westfalia á concurrir sin dilacion á Munster, seguros de ser bien pagados de sus fatigas. En poco tiempo la ciudad se inundó de una infinidad de miserables sin oficio, sin otra esperanza que el desórden, sin ningunos principios; y todos los buenos ciudadanos, mirando el pillaje como el menor de los daños que les amenazaban, se retiraron precipitadamente con sus bienes. Los mismos magistrados, no sintiéndose bastante fuertes para sofocar la rebelion, se apoderaron de los papeles de la casa de Concejo, y huyeron con los canóniges todos los eclesiásticos y la mayor parte de los católicos romanos. Los luteranos, que quedaron con el resto de los habitantes, intentaron primero resistir; pero creciendo de dia en dia el torrente de bandidos, se vieron precisados los celosos del luteranismo á cederles el campo, y los anabaptistas quedaron por únicos dueños de la plaza (1).

Francisco de Waldeck, obispo y príncipe de Munster, recurrió entonces á los Estados del imperio; é interinamente fué á poner sitio á la ciudad con algunos socorros provisionales. Luego que Juan Mateo se

vió acometido, entró en sus convulsiones proféticas, y ordenó que todos y cada uno le llevasen todo el oro, plata, piedras y joyas de toda especie que tuviesen, declarando de parte de Dios, que el que faltase á ello seria inmediatamente castigado con pena de muerte. Fuese credulidad ó temor, al punto le obedecieron. Alentado con esta prueba, añadió que Dios mandaba tambien quemar todos los libros, escepto el de la Escritura Santa. Al momento cada uno se apresuró á llevarlos á la plaza pública, donde fueron quemados tantos y tan generalmente que despues de la reduccion de la ciudad no se encontró uno solo, no obstante el exacto registro que se hizo. Habiéndose escapado con este motivo una expresion burlesca á uno de los espectadores, mandó Mateo que se le presentasen, y sin otra formalidad le atravesó el cuerpo con la alabarda que llevaba siempre consigo. Promulgó leyes que fingia haberlas dictado el Espíritu Santo, y las hizo grabar en unas tablas que se espusieron á las puertas de la ciudad. Siendo legislador y general á un mismo tiempo, llevó al combate á sus furibundos partidarios, cuyo primer ímpetu le hizo conseguir alguna ventaja sobre los sitiadores sorprendidos; pero en otra salida, en que habia prometido de parte de Dios que todos sus enemigos serian hechos pedazos, quedó muerto á la primera descarga, y de cuántos le acompañaban, apenas pudieron escapar algunos, para llevar á la ciudad la noticia de su derrota (1).

Juan de Leyden tomó inmediatamente su lugar, asegurando que la muerte de su predecesor le habia sido revelada, y que Dios le mandaba casarse con su viuda. Convertido el sitio de Munster en un bloqueo, y dándole este el tiempo necesario para afirmar su autoridad, comenzó fingiendo un

(1) Le Bizard. *Hist. gestor. mirab.* p. 100; Cochl. *ad an.* 1534, p. 269.  
B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

(1) Meshov. *l.* 5, et 6.  
Tomo IV. 109

éstasis que le duró tres días. Después de lo cual, aparentando todavía no poder hablar, hizo seña que se le diese pluma y papel, y escribió que la voluntad de Dios era que su pueblo fuese gobernado por doce patriarcas como lo habían sido los israelitas. Inmediatamente nombró los doce subalternos que le eran más ciegamente adictos, los hizo reconocer por jueces absolutos, y no se dejó ver de nadie, hasta que ya estuvieron en posesión de la autoridad. Habiendo sido sorprendido en un adulterio, pronunció en nombre de Dios, que el matrimonio no vinculaba de tal modo el hombre á una mujer que no pudiese tener al mismo tiempo muchas. Casóse inmediatamente con dos, sin contar la viuda de Juan Mateo, esposa principal, única destinada á la dignidad Real, por haber pertenecido al primer Profeta, y llegó á tener en lo sucesivo hasta diez y siete. Esta ley, como todas las demás, fué recibida con aplauso general. A un individuo de la asamblea, por haberse atrevido á decir que se desviaba de las Santas Escrituras, le hicieron callar bien pronto cortándole la cabeza. No fué más afortunado el éxito de una conjuración que formaron los anabaptistas menos insensatos. Tomando estos sus medidas para restituir la ciudad á la autoridad legítima, que el exceso de la tiranía les hacía echar de menos, fueron descubiertos y condenados á muerte con diferentes suplicios. Prometió el sanguinario profeta los primeros puestos en el cielo á los que le sirviesen de verdugos, y esta esperanza les hizo disputarse la ventaja de ejercer con preferencia este oficio.

Establecida enteramente la autoridad del tirano, solo se trataba de un pretesto para colorear su dignidad Real, porque á nada menos que al título de rey aspiraba su ambición. Escogió un platero, llamado Tuschocierer, á quien había atraído á sus intereses, y le instruyó en breve tiempo en el

arte de hacer de profeta. Dos meses solamente después de haber instituido el gobierno de los jueces, les hizo declarar por este nuevo profeta, que así como el Señor había establecido en otro tiempo los reyes de Israel en lugar de los jueces, él substituiría del mismo modo á los jueces de la nueva Sion Juan de Leyden, en calidad de rey. Los jueces descubrieron fácilmente el origen de la profecía y ponían dificultad en someterse; mas Becold, continuando su comedia sacrilega, protestó que Dios le había ya revelado lo mismo que á Tuschocierer, pero que como aspiraba más bien al último puesto que á la suprema dignidad de rey, había tenido en silencio una elección que le elevaba tanto á pesar suyo; pero que habiendo hablado el Señor á un segundo profeta, se veía forzado á obedecer y á no poder eximirse de subir al trono, al cual le llevaban las órdenes del Altísimo. Concluido este razonamiento, mandó á los jueces que renunciasen y le reconociesen por rey. Respondieron que solo al pueblo pertenecía conferir esta dignidad. «En hora buena (replicó Becold señalando á su platero); ved aquí el profeta; escuchadle.» A estas palabras el platero se volvió á los jueces, y les dijo: «De parte de Dios Todopoderoso, júntese toda la plebe en el mercado; allí pronunciaré sus oráculos.» Ejecutada esta orden inmediatamente, exclamó el profeta: «Escucha Israel, mira lo que ordena el Señor tu Dios: serán depuestos los jueces, lo mismo que el obispo y sus ministros, y se escogerán doce personas sin letras para anunciar mi palabra á las naciones. Y tú (dijo á Juan de Leyden presentándole una espada desnuda) recibe la espada que te envía el Rey del cielo; este te establece rey justiciero de toda la tierra, para estender el imperio de Sion hasta los cuatro ángulos del mundo.» Al momento Juan de Leyden fué proclamado rey con grandes demostraciones

de alegría; tomó las insignias de la dignidad Real, y luego se hizo coronar solemnemente el 24 de junio de 1534 (1).

Apenas este vil sastre fué reconocido rey, afectó una magnificencia, un fausto, un orgullo, un imperio y un despotismo sin ejemplo hasta entonces. Hizo acuñar monedas que presentaban por un lado dos espadas en aspa, con esta inscripción: *en toda la estension del reino de Dios, una sola fé, un solo bautismo*; y del otro lado: *el que no renazca del agua y del espíritu, no entrará en el reino de Dios*. Esto era como un decreto de muerte contra todos los que rehusasen entrar en su absurda secta. Uno de los primeros cuidados del nuevo rey fué enviar á todas partes sus evangelistas, cuyo número hizo llegar hasta veintiseis, tanto para procurarse refuerzos, como para acreditar su nuevo evangelio. Partieron después de haber recibido cada uno una moneda; y apenas pusieron el pie en los lugares de su misión, echaron á correr como frenéticos, gritando con voz espantosa: «convertíos.» Todos fueron presos y castigados de muerte, á escepcion de un tal Hilversum, que fué remitido al obispo de Munster, cuya gracia obtuvo mediante haber ofrecido proporcionar una inteligencia contra los rebeldes.

Hilversum volvió al rey de Munster, el cual con voz terrible le preguntó cómo se atrevía á volver solo, sin haber sufrido cosa alguna por el evangelio, y declaró que su crimen solo era expiable con la muerte. Hilversum, volviendo imposturas contra el impostor, le respondió que regresaba por orden expresa del Señor que le había sacado de la prisión milagrosamente. «Y el ángel que me ha libertado, añadió, me ha ordenado decir que Dios os entregaba tres poderosas ciudades, Amsterdam, Deventer y Wesel. No es menester más que enviar á

ellas evangelistas: los habitantes recibirán el evangelio sin oposición, y se sujetarán de buena voluntad á vuestra obediencia.» El rey colmó de honores y beneficios á un profeta tan útil, y no pensó más que en recoger los frutos que le anunciaba. Por este medio fueron sacados de Munster, Jacobo de Campen, Mateo de Middelbourg y otros muchos fanáticos de los más temibles. Becold intentó sin embargo hacer levantar enteramente el sitio: juntó de cuatro á cinco mil hombres intrépidos, y les dió un gran convite antes de conducirlos al enemigo. El rey y la reina con sus cortesanos, sirvieron á esta chusma de bandidos; y acabada la comida, tomó el rey el pan y distribuyó á los convidados, diciendo: «tomad, comed, y anunciad la muerte del Señor.» La reina en seguida tomó y les distribuyó el vino diciendo del mismo modo: «bebed y anunciad la muerte del Señor.» Estando luego el rey y su corte regalándose á su vez, vinieron á anunciarle que un oficial de los sitiadores había sido hecho prisionero. Dejó el banquete para ir en persona á cortar la cabeza, y volvió inmediatamente á sentarse á la mesa, congratulándose de esta ejecución de verdugo como de una hazaña heroica (1).

Poco después cometió una atrocidad todavía mucho más horrible. A pesar de todos sus esfuerzos y estratagemas contra los sitiadores, la ciudad más estrechada cada día, fué reducida á una escasez tan cruel, que los habitantes morían de hambre en grande número. Una de sus mugeres, movida á compasión, dijo, que ella no podía creer que el cielo hubiese condenado tantas personas á morir de miseria, mientras que todo abundaba en la casa del rey, no solamente para satisfacer sus necesidades, sino también para proporcionarle delicias. El tirano mandó

(1) Sleid. l. 10, p. 313.

(1) Cochl. p. 277.

llevar esta muger con toda su familia á la plaza pública, la hizo poner de rodillas, la reprendió su culpa, y tirando despues del sable, la cortó la cabeza. Ordenó luego que su memoria fuese execrable; y tomando por la mano á las demas mugeres suyas, se puso á danzar, exhortando al pueblo, que no temia mas que pan y sal para su sustento, á que imitase su ejemplo. Al momento se pusieron todos á danzar y cantar á un tiempo, dando gracias al Eterno Padre (1). Be-cold habia profetizado que antes de Pascua quedaria la ciudad infaliblemente libre; pero llegando esta festividad sin esperanza alguna de socorro, el impostor se fingió enfermo por espacio de seis dias. Despues se dejó ver en la plaza pública montado sobre un asno ciego, y dijo al pueblo que todos sus pecados los habia trasladado el Padre celestial á aquel asno; y que esta era la libertad incomparablemente mas deseable que les habia prometido (1535).

Una ceguedad tan espantosa no era difícil confundir, á lo menos por los católicos, á quienes los primeros elementos de su creencia bastaban para hacer palpable el delirio y todo su horror. Los luteranos y aun el mismo Lutero, creyeron no deber guardar silencio. Este heresiarca hizo llegar á Munster un discurso violento, en que sustituyendo las injurias á las razones que desmentia su propia conducta, dice á los anabaptistas, en su estilo acostumbrado, que estaban poseidos de todos los demonios juntos. Se esfuerza luego en hacerles conocer que todos los artículos de su doctrina (que recorre sucesivamente) son contrarios á la Escritura. Mas los anabaptistas, instruidos por el mismo Lutero en dar al testo sagrado el sentido que cada uno en particular juzgase á propósito, vieron con tanto desprecio como indignacion la inconsecuen-

(1) Steid. l. 10, p. 219.

cia de un maestro péfido que les atribuia á culpa el seguir el camino que él mismo les habia abierto. Por esto en el libro del *Restablecimiento*, que adquirió toda su celebridad durante el sitio de Munster, maltratan mucho mas á los luteranos que á los católicos. Dicen en él, en términos formales, que el Papa y Lutero son dos falsos profetas, pero que el segundo es peor que el primero (1). El evangelista de Leyden, lo mismo que el de Witemberg, se atribuyó una mision extraordinaria recibida inmediatamente de Dios. Era, en su boca, otro Juan Bautista, venido para allanar el camino, pero de una manera tan diferente, como la segunda venida del Señor respecto de la primera: Juan Bautista, segun sus principios, vino para anunciar la penitencia á los pecadores, y Juan de Leyden para esterminar á los pecadores en toda la estension de la tierra: despues de lo cual vendria Jesucristo, antes del juicio final, á reinar en este mundo durante mil años con sus escogidos. Aunque los apóstoles no tuvieron jurisdiccion alguna en lo temporal, los ministros de la iglesia anabaptista, siempre en virtud de su mision extraordinaria, se apropiaban el derecho de llevar armas y derramar sangre, hasta que hubiesen convertido todos los Estados del universo en una sola república, enteramente compuesta de verdaderos creyentes; es decir, de gentes que nada poseyesen como propio y que viviesen en una comunidad perfecta.

El embrión de esta república imaginaria se acercaba sin embargo á su entera ruina. El cuerpo germánico habia tomado en consideracion las justas reclamaciones del obispo de Munster y de todos los Estados vecinos. En una dieta celebrada en Worms (1535) le concedieron por cinco meses socorros proporcionados á la necesi-

(1) Steid. in *Comm.* l. 10, p. 914.

dad en que se hallaba, y se dió prisa á hacer uso de ellos. Confió el mando del ejército al conde de Orbestein, le entregó sus propias tropas, y activó tan eficazmente la expedicion, que los rebeldes, ya en visperas de morir de hambre, tuvieron que temer pronto otros males que daban menos espera, pues se veian espuestos á caer muy luego en poder del vencedor. Hubo muchos de ellos que pasaron al campo enemigo tan pálidos y descarnados, que escitaron la compasion aun de los soldados mas inexorables. El obispo, mas sensible que todos á vista de la miseria de su rebaño, hizo arrojar algunas cédulas dentro de la plaza, para advertir á los habitantes que se les perdonaria con tal que entregasen á Juan de Leyden y algunos otros furiosos, autores principales de la calamidad pública. El tirano, á cuyas manos llegaron algunas de estas esquelas, previno este golpe; y apostó guardias para impedir que en adelante saliesen algunos de los ciudadanos hambrientos á buscar pan en el campo católico. Pero no por esto dejó de formarse una conspiracion sin que pudiese descubrirla toda su vigilancia.

Habia en Munster un desertor de las tropas del obispo, el cual para merecer el perdón, concibió el designio de introducir las en la plaza, aprovechándose de la consternacion general de los sitiados. Sondeó un foso en la ciudad, le pasó sin riesgo, y fué á presentarse al prelado, á quien dió noticia de su descubrimiento, ofreciéndose á marchar al frente de la expedicion en prueba de la infalibilidad del buen éxito. El obispo le creyó; mas, compadecido de la ciudad, mandó se intimase otra vez la rendicion á los rebeldes, pero en vista de su obstinacion marchó á las once de la noche hácia el lugar señalado junto con el desertor y lo mas escogido de sus tropas, á quienes seguia muy de cerca el grueso del ejército. Todo sucedió como se le habia anunciado, aunque con gran peli-

gro de quinientos valientes que entraron los primeros en la plaza, despues de haber degollado las guardias de un baluarte. La guarnicion acudió en tumulto, los cargó con furor, y al principio con bastante ventaja para cortarles la comunicacion con el resto de su gente. Pero en fin hicieron tales esfuerzos, que se apoderaron de una puerta por donde pudieron entrar todos los sitiadores. Los rebeldes, atreviéndose á resistir y sosteniendo un segundo sitio en la casa de conejo, dieron motivo á que se hiciese una horrible carniceria, hasta que sucediendo el deseo del botín al furor de la venganza, se entregaron los vencedores al saqueo, el cual se estendió á todos los cuarteles de Munster. Juan de Leyden, habiendo podido escapar de la matanza, fué hecho prisionero, junto con los principales autores de su impostura (1). Así acabó el reino de los anabaptistas en Munster, despues de haber durado diez y seis meses. Dos dias antes de esta catástrofe el arrogante fanático, en lugar de aceptar la paz que todavía se le ofrecia con condiciones razonables, amenazó por el contrario que no daria cuartel sino á los que rindiesen las armas para ir á pedirle perdón.

Para confundir su orgullo, le pasearon de círculo en círculo por toda Alemania; y despues de haber ofrecido en todas partes el espectáculo de una insolencia exaltada por el fanatismo, y despues de haber sufrido todos los ultrajes que provocaba de este modo, fué atado como un miserable á la cola de un caballo y luego encerrado en un castillo cerca de Munster. Propuso sin embargo, que si querian perdonarle, reduciria á la obediencia de la Iglesia y de los magistrados á una infinidad de anabaptistas, ocultos en la Holanda, en la Frisia, en el Brabante y en Inglaterra; pero su crimen

(1) *Hist. des Anabapt.* n. 1 et 2.